



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

*El mejor pintor de flores del mundo*

© Del texto: 2010, Carlos José Reyes

© De las ilustraciones: 2010, Mónica Peña

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-444-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición, abril de 2010

Segunda edición, octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# El mejor pintor de flores del mundo

Carlos José Reyes



loqueleg



## La aventura del maestro

Don Pedro, el maestro de escuela de un pequeño pueblo perdido en medio de la cordillera de los Andes, llevaba muchos años dictando las diversas materias de los cursos de primaria y sentía que había llegado el momento de retirarse, para lo cual era necesario que enviaran a alguien más joven y, de ser posible, no uno, sino dos o tres profesores, que pudieran encargarse de cada curso por separado. Hasta el momento él se ocupaba de todo, con ayuda de su esposa, doña Carola, pero ella no dictaba clases, sino que se encargaba de otras tareas en la escuela, como vigilar a los niños en los recreos, cuidar los exámenes para que nadie se copiara de los otros y otras actividades semejantes.

7



Por eso la aparición de un hombre que contaba historias llamó la atención de los muchachos, primero de uno, luego de cinco o seis y, al final, un curso completo corría a la plaza para escuchar los cuentos de aquel viejo.

El hombre, sentado bajo la gran ceiba de la plaza, que según algunos era mucho más vieja que los abuelos, le comunicaba una especial emoción a las historias que contaba, cambiaba la voz cuando hablaba otro personaje, como si fuera un actor entrenado para representar muchos papeles.

Don Pedro, el maestro, había observado desde cierta distancia la forma como aquel hombre se expresaba, los gestos que hacía, los tonos y timbres que ponía a su voz, y se había dado cuenta de que era muy difícil competir con él para atraer a sus alumnos. Sentía que en la última clase de la tarde los muchachos casi no ponían atención, pues querían salir corriendo tan pronto doña Carola tocaba la campana.

9

Por las noches, don Pedro no podía dormir pensando en la forma de volver a atraer la atención de sus alumnos. Sabía que la mejor manera de lograrlo aún estaba lejos de su comprensión. Difícilmente podía conseguir un buen resultado por medio de regaños o castigos. Pero, por otra parte, a él le resultaba muy difícil cambiar o encontrar otras formas de expresión que atrajeran la atención de los muchachos, pues era un hombre mayor y ya no estaba en edad de aprender cosas nuevas ni de cambiar de actitudes.

Lo pensó una y otra vez, hasta que una voz en su interior empezó a decirle: “¿Y por qué no

puedes cambiar? ¿Acaso lo has intentado? ¡Debes salir a tomar aire fresco para poder mirar las cosas de otra manera!”.

10 Aquel día era sábado, y los niños no tenían que asistir a clases. Por lo general, se levantaba tarde, casi al mediodía, sin afanes. Su mujer tampoco se ponía en pie tan temprano como solía hacerlo durante la jornada de estudios, cuando iniciaba sus actividades con el primer canto del gallo. Esa era su oportunidad, antes de que ella despertase, pues quería hacer las cosas a su modo, sin que nadie metiese la cucharada y le dijese cómo actuar, como ocurría cada vez que pensaba hacer algo, cualquier cosa, por pequeña que fuera.

Doña Carola entonces opinaba y las sugerencias que hacía se convertían en verdaderas órdenes, y... ¡Ay de que no las cumpliera! Porque entonces podían pasar varios días sin que ella volviera a dirigirle la palabra.

Saltó de su cama tratando de no hacer el menor ruido y se puso de inmediato los panta-

lones que había puesto sobre un banco. Metió los pies dentro de sus alpargatas y se puso la camisa y el saco como si estuviese en una competencia de ver quién se vestía primero.

Cuando doña Carola despertó, el viejo maestro ya se encontraba lejos de allí. Había salido del pueblo y se había metido por entre la espesura de unos matorrales, buscando algo que todavía no sabía qué era. Quizá podría encontrar un animalito extraño y convertirlo en la mascota de la escuela. O unas plantas distintas a las que crecían en los huertos o patios de las casas que pudieran servir de modelos para que los niños las dibujasen. A medida que avanzaba saltando por sobre gruesos troncos, metiéndose entre unos vericuetos muy enredados, para no caer en ningún camino conocido, sentía el aliento de la aventura, una sensación que no experimentaba desde los ya remotos días de su juventud, cuando soñó con salir de su pueblo y viajar por el mundo para conocer otros paisajes, otros países y otras gentes.

11

Pero la idea del viaje se fue aplazando una y otra vez, en espera de una mejor oportunidad, que es algo indefinible que nunca se sabe qué es. Después se casó, le dieron el puesto de maestro de la escuela y allí se quedó, enseñando a una generación tras otra de los habitantes del pueblo siempre las mismas cosas, que por lo general olvidaban al terminar los estudios.

¿Cómo podría lograr el hacer cosas que valieran la pena de ser recordadas? ¡Necesitaba encontrar algo sorpresivo, para que los muchachos se entusiasmaran y vieran que aún estaba en capacidad de enseñarles cosas nuevas, de ayudarlos a descubrir otros mundos!

Aquellas ideas revoloteaban en su cabeza, como mariposas de distintos colores, cuando se dio cuenta de que estaba perdido. Habían pasado varias horas y se había alejado mucho del pueblo y de la civilización. Ahora se hallaba en el fondo del bosque, en un lugar selvático, y por eso comenzó a experimentar una sensación de peligro. Recordó la forma como su rival,

el hombre que contaba cuentos, hablaba de las aventuras de gentes del pasado, de personas que estaban lejos, tanto en el tiempo como en el espacio, pero al fin era él mismo quien estaba viviendo una aventura, ahí y ahora, en ese momento, y no sabía cómo podía salir del embrollo en el que se había metido por su propia cuenta.

13

El impulso de avanzar y avanzar, de ir cada vez más lejos, hacia lo desconocido, no le había permitido poner atención a los detalles de las plantas, a la observación de pequeños animales, de pájaros exóticos, de flores raras que había en los alrededores, y fue entonces cuando decidió que lo mejor que podía hacer era regresar y, mientras encontraba el camino para volver al pueblo, podía recoger muestras de plantas, piedras de formas raras o mariposas de colores exóticos. Por el tronco de un árbol subía una iguana o una salamandra, no sabía bien qué animal era... Tenía un color verde esmeralda muy intenso y unos ojos enormes; un



animal curioso, pero ¿cómo llevarlo? Hubiera necesitado un canasto, una pequeña jaula, cualquier cosa.

Ahora se daba cuenta de cómo al dejarse arrastrar por un impulso no había tenido la previsión de buscar una mochila, un costal, algo para recoger aquellas cosas con las que había soñado encontrarse.

15

Caminó y caminó otro buen rato y comenzó a sentir hambre y dolor en las piernas. No tuvo más remedio que sentarse sobre una gruesa raíz que se agarraba al suelo con torceduras caprichosas, mientras meditaba sobre lo que debía hacer a partir de ese momento.

Mientras el maestro se hallaba perdido en los vericuetos de aquel bosque, sin hallar signos que le indicaran cómo volver al pueblo, doña Carola estaba muy preocupada, pues desde las primeras horas de la mañana, al constatar su desaparición, había preguntado por él a los vecinos, en las tiendas donde hacían las compras y en todos los lugares donde podía

pensar que se encontraba su esposo, que desde luego no eran muchos, y nadie supo darle razón de su paradero.

16      Muy angustiada, decidió llamar entonces a un grupo de sus alumnos, entre los cuales se encontraba Jacinto, un muchacho vivaz e inteligente que siempre se destacaba como el más capaz y de más iniciativa entre sus compañeros.

Los jóvenes se reunieron y después de caminar por uno y otro lado, recorriendo las distintas calles del pueblo, llegaron a la conclusión de que el maestro se había marchado, quién sabe por qué y sin saber para dónde. Pero no podían volver adonde doña Carola con una respuesta tan pobre frente a los temores de ella. Tenían que hacer un esfuerzo y hallar la forma de encontrarlo.

Don Pedro nunca había hecho algo así. ¿Se habría vuelto loco? A las mentes de los pequeños vinieron toda clase de ideas. ¿Y si estuviera enfermo? Varios de ellos pensaron que, con los años que aquel hombre tenía encima, podía ha-

ber muerto de repente, pero ninguno se atrevió a decirlo. Entonces acordaron dar vueltas por todas las calles y preguntar por todos lados si alguien lo había visto. Crearon varios grupos de exploración y, después de los primeros tanteos, se unieron más estudiantes y el número ya llegaba a 20. Haciendo un rápido ejercicio matemático, Jacinto dividió 20 por 4 y así con-

17

cluyó que cada grupo tendría 5 niños, y, así divididos, podrían cubrir los cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Oriente y Occidente.

Jacinto marchó con el primer grupo hacia el Norte y los otros tomaron su camino. Aquellos jóvenes sentían que estaban viviendo una aventura emocionante, al intentar resolver el misterio del paradero de su viejo maestro, un hombre que había dejado de interesarles desde hacía mucho tiempo, en especial desde que llegó al pueblo el contador de historias, que ahora los observaba, desde su banco en la plaza, correr de un lado al otro, como buscando algo que se les había perdido.

Tal como lo habían planeado, recorrieron las calles, preguntaron por todas partes e incluso salieron del pueblo y buscaron por algunas de las veredas de los alrededores, pero nada. El hombre había desaparecido sin dejar rastro.

18

